



“Los sujetos y sus actividades”

p. 77-118

Víctor Manuel Castillo Farreras

La práctica social en el lenguaje de los nahuas

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

210 p.

(Cultura Náhuatl. Monografías 37)

ISBN 978-607-30-2582-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/711/practica_social.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



II LOS SUJETOS Y SUS ACTIVIDADES

Hemos visto que el proceso de apropiación, expresado en los nombres derivados en *-e* o *-hua*, se realizó básicamente y por regla general mediante la relación específica que un sujeto determinado por su cualidad social establece con otro pasivo que hace suyo al convertirlo en el objeto o medio correlativo de su propia naturaleza social y de su singular proceder. Pero al ser de este modo, dicho proceso se presenta siempre como norma y condición para el trabajo que se define como actividad vital orientada a la producción de objetos para usos diversos, y por ello mismo orientada a la apropiación del entorno social y natural para las necesidades humanas. Resulta claro entonces que tanto la actividad vital como su objeto, su medio y el resultado previsto se encuentren en relación inmediata con las facultades y las necesidades de quien o quienes viven y laboran en un determinado régimen social de producción.¹

Es cierto que en cualquiera de las etapas de la historia humana ha sido y sigue siendo por demás obvio que los diferentes modos de trabajo dados en determinada formación social se manifiestan a la postre en la diversidad de sus resultados, o dicho de otra forma, que en tanto resultados develan las diferentes actividades orientadas e incorporadas a los objetos en los que cada una de ellas se confirman como trabajo vivo o en proceso, por medio del cual y a partir del cual los objetos se transforman en productos, el trabajo en productivo y su propio agente en productor. Sin embargo, las relaciones que en los procesos de trabajo se dieron en el curso de la historia humana, sobre todo aquellas relaciones que se establecieron entre el trabajo y su producto o entre el trabajador y el objeto de su producción, no han sido siempre las mismas.

¹ Véase Karl Marx en *El capital. Crítica de la economía política*, libro 1, cap. 5, p. 215-223 en *Cuadernos de París*, p. 143 y en *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, p. 70-71.



Que lo anterior ha sido así lo comprueban las distintas formas históricas de la producción social, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, en las que tanto el objeto como el medio y el producto pudieron ser propios o ajenos de quien trabaja, aunque la actividad que éste desarrolla en el proceso también pudo presentarse como suya o ser ella misma pero enajenada a otra persona. En cambio, en los sistemas comunitarios de producción, antaño predominantes pero aún persistentes en zonas aisladas, no es difícil comprobar que los individuos que trabajan de tal manera, se relacionan con su actividad, sus medios, objetos y productos como recursos que, por ser de su propia comunidad, son particularmente suyos aunque también lo sean para el beneficio de los demás integrantes de la misma.

En suma, son estas relaciones las que de distinto modo han surgido en todas las formas de producción social desde el momento en que se tuvo conciencia de que la naturaleza es el medio directo e indispensable para toda forma de vida, y por tanto, que no es sólo habitación para el hombre sino la despena que le permite seleccionar y extraer los materiales que convierte en objetos para su consumo personal o productivo, así como en medios de su propia actividad vital, sea esta individual o colectiva.

Pero dado que todos estos elementos son los que en la práctica y en la teoría conforman un proceso de trabajo, este constituye el punto del que surgen o al que arriban nuevas relaciones entre quienes participan en él, tan necesarias para la producción como para la previa o final etapa de la distribución, del intercambio o del consumo y la reproducción de cada uno de esos mismos elementos, es decir, relaciones que aparecen como procesos específicos, como enlaces o momentos de la producción en su conjunto, entre los cuales se dan siempre acciones complementarias y que se determinan de manera recíproca.²

Y puesto que dichas relaciones han estado presentes en todas las formaciones históricas de la producción social, para el caso particular de los nahuas prehispanos es posible ver que esas mismas relaciones se dieron obviamente de manera específica en su práctica comunitaria y que también por ello debieron quedar expresadas en su propio lengua-

² Véase en Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, p. 282-300.



je, no sólo en los nombres y verbos sino en las formas derivadas de unos y otros, tal como se encuentran registradas en los artes, vocabularios y demás escritos elaborados durante el primer siglo novohispano. Siendo esto así, es necesario determinar cuáles fueron esas relaciones y qué sentido se dio a cada una de las que establecieron los individuos que conformaron una comunidad frente a las actividades que les correspondía de distinta manera.

Las relaciones más simples y directas entre determinados individuos y sus respectivas actividades son las que con mayor frecuencia y claridad aparecen registradas en dos formas de palabras que se derivan de verbos mediante los sufijos *-ni* y *-qui*, pero cuya interpretación por parte de quienes inicialmente las recabaron y estudiaron, si bien es cierto que resultó ser plenamente adecuada a la situación social en la que se encontraban los nahuas novohispanos, fue por lo contrario un tanto cuanto equívoca con respecto a la práctica comunitaria que había sido propia de sus ancestros prehispánicos. Así pues, veamos a continuación lo que se propuso sobre la construcción de cada una de estas maneras de referirse a dichas relaciones y lo que desde los años que mediaron el siglo XVI hasta los primeros del XXI se pensó que podrían significar.

Nombres derivados en -ni

En los años iniciales de la época novohispana, fray Andrés de Olmos consideró que los verbales en *-ni* “están en lugar de los nombres que en nuestro castellano decimos *amador*, *lector*” y que en plural “toman *-me* o añaden una *h* sobre el *-ni*”, de tal manera que para el plural de “*te-tlazotla-ni*, *amador*”, puede aceptarse tanto *te-tlazotla-ni-me* como *te-tlazotla-nih*.³

Por lo que respecta a su formación, dice que se realiza a partir de “la tercera persona del presente del indicativo añadiendo *-ni*” con los prefijos *te-* o *tl-*, aunque también advierte que cuando descienden de verbos que admiten la reflexión, sean ellos neutros o transitivos, se formarán

³ Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, primera parte, cap. IX, p. 43-44.



verbales de la misma manera pero con el reflexivo de la tercera persona, y es así como del neutro “*mo-tlaloa*, aquél corre”, se torna en “*mo-tlaloa-ni*, corredor”, mientras que “*mo-tlazotla*, aquél se ama” cambia a “*mo-tlazotla-ni*, amador de sí mismo”. Pero que una vez “ayuntados a los pronombres *no-*, *mo-*, *i-*, el [reflexivo] *mo-* volverán en *ne-*”, como de *mo-machtia-ni* sale “*no-ne-macht-cauh*, mi tal hijo que se enseña”. Mientras que los verbos que no son reflexivos agregan a sus posesivos *-cauh* en singular y *-cahuan* al plural, de tal manera que de “*tlaczani*, andador, bien diremos *notlaczacauh*, mi andador”.

En capítulo aparte Olmos advierte sobre la existencia de ciertos verbales que muy a pesar de llevar el mismo sufijo *-ni*, son “adjetivos que significan ser la cosa tal como lo que importa el verbo de donde descienden”, pero que sólo pueden derivarse de “verbos neutros que signifiquen pasión intrínseca”, como de “*miqui*, morir” que deriva a “*miqui-ni*, cosa mortal” o a su plural *miqui-ni-me*, ya que si denotaran pasión extrínseca serían sustantivos como lo fue el ejemplo anterior de “*mo-tlaloa-ni*, corredor”.⁴

Por su parte, fray Alonso de Molina sólo menciona que los verbales en *-a-ni* “tienen la significación activa y a esta causa tienen al principio *te-* o *tle-*”, y como ejemplos pone “*te-maquixtia-ni*, salvador”, “*te-tlazotla-ni*, amador, y *te-mahuiztilia-ni*, honrador o el que tiene respeto y honra a otro, porque significan de la manera que los verbales de la lengua latina acabados en *-or*”.⁵ Aclara, además, que aunque “en esta lengua no hay propiamente participios” pueden suplirse, entre otras formas, anteponiendo *in* a la tercera persona del presente de los verbos, como “*in tet-lazotla*, el que ama”, pero también “por los verbales acabados en *-a-ni*, como *te-tlazotla-ni*”.⁶

A su vez, Antonio del Rincón señala que “los verbales sustantivos en *-ni* significan lo que en latín los de en *-tor* o *-trix*”, tal como en los ejemplos “*te-tlazotla-ni*, *amator* o *amatrix*” y “*te-machtia-ni*, *doctor* o *doctrix*”, los cuales, por provenir de verbos transitivos “anteponen siempre

⁴ *Ibidem*, primera parte, cap. XI, p. 55-56.

⁵ Alonso de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, primera parte, cap. I, f. 13r-v.

⁶ *Ibidem*, primera parte, cap. IV, f. 69r.

el *te-* o el *tla-*” mientras que los reflexivos toman *mo-*, como “*mo-machtiani*, el que se enseña a sí mismo”.⁷

A partir de lo expresado por Rincón, Horacio Carochi amplía su capítulo sobre los “verbales substantivos en *-ni*” al proponer tácitamente que todos ellos “se forman del presente del indicativo” de los verbos, esto es, no sólo de los que rigen uno o dos casos sino de los intransitivos, puesto que con sólo agregarles el sufijo *-ni* se convierten en nombres, cuyo plural se forma “con el saltillo sobre la última *i* o añadiendo *-me* al singular” y que tienen la misma significación que los latinos acabados en *-tor* o *-trix*, tal como en los grupos de ejemplos que pone:⁸

De *cochi*, dormir: *cochi-ni*, el que duerme.

De *tla-tlacoa*, pecar: *tla-tlacoa-ni*, el pecador.

De *ahuia*, estar contento: *ahuia-ni*, que se usa para decir mala mujer.

De *huapahua*, criar, compuesto con *tlacatl*, persona, hace *tlaca-huapahua*, criar personas: *tlaca-huapahua-ni*, el que las cría.

De *mictia*, matar, con *te*, *te-mictia*, aporreo o mato (*sic*) a alguno: *te-mictia-ni*, el que aporrea o mata; y con el *tla*, *tla-mictia-ni*: el que mata bestias, como el carnicero, [o como] *tlaca-mictia-ni*, el que mata a personas.

De *te-tla-cuicuilia*, robar: *te-tla-cuicuilia-ni*, el robador.

De *te-tla-maca*, dar algo a otros: *te-tla-maca-ni*, el que lo da, o el que sirve a la mesa; y *te-tla-mamaca-ni*, el que lo da repartiendo a varios.

También puntualiza Carochi que si los verbales en *-ni* provienen de verbos reflexivos, siendo estos intransitivos tomarán *mo-* para las terceras personas, *timo-* o *ammo-* para las segundas, y *nino-* o *tito-* para las primeras. Pero al ser los verbos no solo reflexivos sino transitivos, sus derivados tomarán *mote-*, *motla-* o *motetla-*, según los casos que rijan:

De *ni-no-pohua*, me ensoberbezco o soy soberbio: *mo-pohua-ni*, el soberbio.

O en primeras personas, *ni-no-pohua-ni*, yo soy soberbio, y en plural *ti-to-pohua-ni-me*, somos soberbios.

⁷ Antonio del Rincón, *Arte mexicana*, libro III, cap. I, f. 28r.

⁸ Horacio Carochi, *Arte de la lengua mexicana, con la declaración de los adverbios della*, libro tercero, cap. I, f. 43v-44v.



De *ni-no-mamati*, tener empacho y vergüenza: *mo-mamati-ni*, el que tiene empacho.

De *ni-no-te-cuitlahuia*, cuidado de personas: *mo-te-cuitlahuia-ni*, el que cuida de ellas.

De *ni-no-tla-cuitlahuia*, cuidado de cosas: *mo-tla-cuitlahuia-ni*, el que cuida de algo.

De *ni-no-te-tla-popolhuilia*, yo perdono: *mo-te-tla-popolhuilia-ni*, perdonador.

Muchos años después, Joseph Augustín de Aldama y Guevara reconoció en su obra que no había hecho más que un compendio de todos los *Artes* de la lengua que precedieron al suyo, aunque sobre todo lo fue del que compuso Carochi. Pero no obstante su modestia, introdujo nuevas propuestas al puntualizar que los verbales en *-ni* son sustantivos que denotan “el sujeto que ejercita lo que significa el verbo de que dichos nombres se derivan” y que con ello “se explica lo que con los latinos en *-ans*, *-ens*, *-tor* y *-trix*, y los españoles que equivalen a dichos latinos y acaban comúnmente en *-te* [o en] *-or*”, tal como en los abundantes ejemplos que siguen.⁹

Nemi-ni, *vivens*, viviente.

Cochi-ni, *dormiens*, durmiente, el que duerme.

Empero, sobre este último es preciso señalar que en el *Suplemento* de su trabajo Aldama aclaró que “estos nombres en *-ni* se usan también para significar sujeto que ejercita con alguna frecuencia lo que el verbo significa”, de tal manera que “*cochi-ni* no significa precisamente sujeto que duerme sino que duerme con frecuencia, como explicamos en español con la voz *dormilón*”.¹⁰ Dicho esto, sin más ni más continuó con sus ejemplos.

Tla-tlacoa-ni, *peccator*, *pecans*, pecador, el que peca.

Tla-chihua-ni, *factor*, hacedor, el que hace.

Tlaxcal-chihua-ni, el que hace pan, el panadero.

⁹ Véanse en Joseph Augustín de Aldama y Guevara, *Arte de la lengua mexicana*, entre los n. 402 a 405.

¹⁰ *Ibidem*, n. 405 del Suplemento.

Tlacual-chihua-ni, el que hace la comida, esto es, el cocinero.
Te-patia-ni, médico, el que cura.
Te-machtia-ni, *docens*, *doctor*, maestro, el que enseña.
Te-tlazotla-ni, amator, amante.
Te-icnoitta-ni, *miserator*, misericordioso, el que se apiada o tiene misericordia.
Te-tla-tzacuiltia-ni, castigador.
Te-tlatlacol-tzacuiltia-ni, castigador del pecado.
Te-tla-popolhuia-ni, *indulgens*, remisor.
Te-tlatlacol-popolhuia-ni, *indulgens peccatum*, el que perdona el pecado.
Ichtequi-ni o *tila-chtequi-ni*, ladrón.
Tla-cua-ni, comedor, el que come.
Naca-cua-ni, el que come carne.
Tla-namaca-ni, *venditor*.
Oc-namaca-ni, pulquero, el que vende pulque.

En una nueva adenda sobre los casos excepcionales de esta forma de interpretar los verbales en *-ni*, Aldama hace notar que de *tlatoa*, por ser “del verbo *itoa* con el *tla-* sale *tlatoa-ni*, el cual significa *hablador*”, aunque también “significa *señor* o *persona principal*. La primera significación —en la cual es poco usado— es conforme a la explicación que di, pero la segunda no, porque es —según discurren otros— especie de antonomasia, como que a los *señores* o *principales* toca el hablar y no a las personas *bajas* o *inferiores*; pero dejando a un lado esos discursos, la sustancia es que significa lo que dije. También de *ahuia* (holgarse) sale *ahuia-ni*, pero lo usan para significar *ramera*, *mujer liviana*”.¹¹

Antes de continuar con otras propuestas, Aldama advierte que si los verbos de los que descienden los nombres en *-ni* fueran reflexivos aparentes o verdaderamente reflexivos, los verbales tomarán el prefijo *mo-*, como en los ejemplos que siguen.

Mo-tlaloa-ni, *currens*, el que corre.
Mo-zahua-ni, el que ayuna.
Mo-tla-cuítlahuia-ni, el cuidadoso o que tiene cuidado de las cosas.
Mo-tlazotla-ni, amante de sí propio, el que a sí mismo se ama.
Mo-cencahua-ni, el que se dispone, o previene o prepara.

¹¹ Aldama, *Arte...*, n. 400 del Suplemento.



Mo-cnomati-ni, el que se humilla, el humilde.

Mo-mamachtia-ni, el que se ensaya o impone.

Mo-tla-cahualtia-ni, abstinente, el que se abstiene.

Mo-tla-tzacuiltia-ni, el que a sí propio se castiga, o castigador de sí propio.

Mo-te-icniuhtia-ni, el que se amista con otros, o se los hace amigos.

Pero una vez más y como último punto, nos recuerda Aldama que cada uno de estos nombres, desciendan o no de verbos reflexivos, deberán llevar siempre el prefijo que señala al sujeto de la acción del verbo así como el sufijo del número gramatical que les corresponde, porque “aunque se pongan varios nombres, en ninguno se omite el pronombre”,¹² tal como en los ejemplos que siguen:

Ni-tla-tlacoa-ni, soy pecador.

Ti-tla-tlacoa-ni-me, somos pecadores.

Ti-te-machtia-ni, eres maestro.

Te-icnoitta-ni, es misericordioso.

Mo-te-icnoittilia-ni, es piadoso.

Ti-mo-cnomati-ni, eres humilde.

Ni-no-cnomati-ni, soy humilde.

Ti-to-cnomati-ni-me, somos humildes.

An-mo-tlazotla-ni-me, sois amantes de vosotros mismos.

Hasta aquí se ha podido ver cómo las propuestas dadas por los autores novohispanos para la formación y los sentidos de los nombres en *-ni* resultaron ser básicamente las mismas, salvo por las precisiones que algunos hicieron sobre su formación y por el número de ejemplos dados con significación muy diversa. Pero lo que más llama la atención es que sus propuestas para el traslado al español continuaran de este mismo modo y que finalmente se consolidaran en los años posteriores mediante nuevos estudios de la lengua pero sin tomar en cuenta las divergencias habidas entre ellas.

Tanto es así que en 1869 Faustino Chimalpopoca Galicia parece haber partido de lo que en 1571 consideró Molina al confirmar que

¹² Aldama, *Arte...*, n. 302.

“el participio de presente se suple con los verbales en *-ni*”,¹³ pero también de las precisiones que en 1754 hizo Aldama y que ahora toma para decir que estos nombres son como “los en *-ans*, *-ens*, *-tor*, *-trix* en latín, y los en *-te*, *-or* en el castellano, como viviente, [o como] pecador”.

Y de la misma manera continúa señalando que estos verbales “se forman del presente de indicativo con la partícula *-ni*, como *cochi-ni*, durmiente”, pero que “si el verbo fuese activo se le antepone *te*-, *tla*- o *te-tla*- como, por ejemplo, *te-popolhuia-ni*, el que perdona a otro, *tla-huitequi-ni*, el que azota, o como *te-tla-ichtequi-ni*, el que roba cosas a las personas”, los cuales “son equivalentes a una completa oración del verbo ser: *ni-tlatlacoa-ni*, yo soy pecador”.¹⁴

Ya entrado el nuevo siglo, vemos que en 1935 Mariano Jacobo Rojas apuntó brevemente que “los nombres verbales o substantivos que terminan en *-ni* equivalen al *-ente*, *-ante* y *-or* del romance castellano”, tal como en las versiones que dio para los siguientes nombres:¹⁵

- Cochi-ni*, durmiente, el que duerme.
- Tla-hcuiloa-ni*, escritor, el que escribe.
- Nemi-ni*, viviente, el que vive.
- Oh-toca-ni*, caminante, el que camina.
- Cuica-ni*, cantante, el que canta.
- Tla-palehuia-ni*, ayudante, el que ayuda o auxilia.
- Te-tlazotla-ni*, amador, el que ama.
- Tla-htlacoa-ni*, pecador, el que peca.
- Te-maquixtia-ni*, salvador, el que salva.
- Ti-te-pahtia-ni*, tú (eres) médico.

Entre 1940 y 1961, Ángel María Garibay Kintana notó que los nombres verbales del presente “significan el que ejecuta la acción o posee la cualidad verbal” y que “se forman de verbos activos y corresponden aproximadamente a los participios presentes castellanos, o a una frase relativa”. Asimismo que su formación es “con el pro-

¹³ Faustino Chimalpopoca Galicia, *Epítome o modo fácil de aprender el idioma nahuatl ó lengua mexicana*, p. 35.

¹⁴ *Ibidem*, p. 66-67.

¹⁵ Mariano Jacobo Rojas, *Estudios gramaticales del idioma mexicano*, p. 17 y 23.



nombre indefinido *te-* o *tla-* y el sufijo *-ni* agregado a la forma activa verbal”, pero que tratándose de verbos neutros se tornan en adjetivos, muchos de los cuales “tienen carácter participial y terminan en *-qui* o *-ni*, que son sufijos de nombres verbales”,¹⁶ como en los ejemplos que siguen:

Te-pia-ni, que guarda personas.

Tla-pia-ni, que guarda cosas.

Miqui-ni, mortal.

Por su parte, hacia 1976 Thelma D. Sullivan aclaró que los llamados sustantivos verbales “son muy numerosos y las posibilidades de formarlos casi ilimitadas” y que, según su propia clasificación, son ocho las clases de estos nombres y que cada una “se caracteriza por el tiempo y la voz del verbo del que se deriva, y los prefijos o sufijos que se le añaden”.¹⁷

Con respecto a los verbales que designan “al autor de una acción, al agente que la realiza”, Sullivan señala que tienen “tres maneras de formarse: para cada una, los sustantivos derivados de verbos transitivos se combinan con los prefijos *te-* para personas, *tla-* para cosas, y *mo-* para los derivados de reflexivos”. Es así que, concretamente, para aquellos que provienen de verbos del presente de indicativo se añade “el sufijo *-ni* para el singular y *-ni-me* para el plural”,¹⁸ como en los siguientes ejemplos:

Cuica, cantar, *cuica-ni*, cantor, plural *cuica-ni-me*.

Nemi, morar, *nemi-ni*, morador, plural *nemi-ni-me*.

Te-cehuia, pacificar a personas, *te-cehuia-ni*, pacificador, plural *te-cehuia-ni-me*.

Tla-mati, saber algo, *tla-mati-ni*, sabio, plural *tla-mati-ni-me*.

Mo-machtia, aprender, *mo-machtia-ni*, estudiante, plural *mo-machtia-ni-me*.

Y como caso excepcional señala:

¹⁶ Ángel María Garibay, *Llave del náhuatl. Colección de trozos clásicos, con gramática y vocabulario, para la utilidad de los principiantes*, p. 50 y 56.

¹⁷ Thelma Dorfan Sullivan, *Compendio de la gramática nahuatl*, p. 119.

¹⁸ *Ibidem*, p. 121-123.



Tlatoa-ni, rey: derivado de *ittoa*, *tla-*, hablar, hace el plural en *tlato-que*. Parece que *tlatoani-me*, plural de *tlatoa-ni*, y *tlato-qui*, singular de *tlato-que*, cayeron en desuso.

Sullivan afirma también que “cualquiera que sea su formación”, ya sea con el sufijo *-ni* añadido al presente de indicativo, con o sin *-qui* al pretérito, “todos forman el posesivo del pretérito del verbo anteponiendo el prefijo nominal y posponiendo los sufijos *-cauh* en singular y *-cahuan* en plural”, de tal manera que de “*tlacuiloani* o *tlacuilo*, pintor” resulta “*itlacuilocauh*, su pintor” y en plural “*itlacuilocahuan*, sus pintores”.¹⁹

Y finalmente advierte sobre la existencia de ciertos adjetivos derivados de verbo a los que de igual modo que a los sustantivos “se añade *-ni* o *-ni-me* al presente indicativo de verbos intransitivos” y que, en cuanto tales, denotan “la condición resultante de la acción del verbo”, aunque agrega que “esta forma adjetival es poco usada”,²⁰ y pone como ejemplos:

Nemi, vivir, *nemi-ni*, vivo [En nota dice que esta versión aparece en el primer *Vocabulario* de Molina y no en el segundo, sin advertir que también las de “viandante” y “morador” están en el primero y que en el otro aparece la de “el que vive o mora en algún lugar”.]

Miqui, morir, *miqui-ni*, mortal.

Pozoni, hervir, *pozoni-ni*, hervido.

Celia, brotar, *celia-ni*, brotado.

Mayana, tener hambre, *mayana-ni*, hambriento.

Algunos años más tarde, Michel Launey consideró que entre los nombres del agente de alguna acción determinada, el que “se forma agregando el sufijo *-ni* a la base 1 [o del presente] puede considerarse a la vez como un tiempo y como un modo” y debe ser tomado como “eventual” por cuanto que su función fundamental es la de “marcar, no la realización presente, concluida o futura de un proceso, sino más bien la propensión, la capacidad del sujeto a realizarlo”, como por ejemplo:

¹⁹ *Ibidem*, p. 125.

²⁰ *Ibidem*, p. 186.



“tener la virtud de...” o “inclinarse a...”, “ser susceptible de...” o simplemente “indicar la costumbre”, y es por ello que “se le traducirá frecuentemente por medio de nombres o adjetivos”, como los siguientes:²¹

Ni-miqui-ni, ni-polihui-ni: soy mortal, perecedero.

Ti-cochi-ni: eres un dormilón, no haces más que dormir.

Cenca cuica-ni inin tototl: este pájaro canta muy bien, es muy cantador.

Yohualnepantla ni-cochi-ni: a media noche (generalmente) estoy dormido.

Evidentemente, se puede decir *yohualnepantla ni-cochi*. Pero el eventual hace suponer que esta costumbre no es siempre respetada o corre el riesgo de no serlo: normalmente, a medianoche estoy dormido [...] o bien: por lo tanto, no me vengas a ver a media noche.

Con verbos transitivos, señala que por regla general se encuentran con los prefijos de objeto indefinido *te-* o *tl-* y el reflexivo, pero que también pueden aparecer con el prefijo definido sin el nombre.

Ni-tla-tlacoa-ni: soy pecador.

Huel ti-tla-mati-ni: eres muy sabio.

Cenca tla-cua-ni: es un gran comelón.

Huel mo-pohua-ni: es muy vanidoso.

Omitl qui-cua-ni: es roedor de huesos, le gusta comer huesos.

Qui-mati-ni: él es astuto, ingenioso; literalmente, algo así como: siempre está al corriente de lo que debe saberse.

Por lo que respecta al plural de esta forma, Launey también afirma que puede hacerse con los sufijos *-’* o *-me*, pero aclara que “el primero es más bien considerado como verbal y el segundo como nominal”, aunque reconoce que el límite entre uno y otro “es bastante vago”, como lo observa en los ejemplos que siguen:

Ti-miqui-ni-’: somos mortales.

Ti-cochi-ni-’: tenemos la costumbre de estar dormidos.

Ti-tla-tlacoa-ni-me: somos pecadores o más bien, somos unos pecadores.

²¹ Michel Launey, *Introduction à la langue et à la littérature aztèques*, lección 16, p. 153-154.

Ca tla-mati-ni-': son sabios.

Ca tla-mati-ni-me: son unos sabios.

Nombres derivados en –qui

El retorno a las mismas obras de quienes analizaron los nombres derivados en *–ni* puede permitir la determinación de algunas de las diferencias o similitudes que para cada uno de los autores señalados hubo entre las formas en *–ni* y en *–qui*, pero sobre todo permite descubrir lo que mediante contrastación de los significados dieron para una y la otra.

Esto es lo que puede vislumbrarse cuando fray Andrés de Olmos señala que los verbales que acaban en *–qui*, “por la mayor parte son nombres de los oficiales que ejercitan la operación del verbo de donde salen y que en el plural vuelven el *–qui* en *–que*, como por ejemplo: *tla-pix-qui*, guarda, [y en] plural *tla-pix-que*”.²²

Y otro tanto puede notarse cuando a continuación señala que la formación de estos nombres “es de la tercera persona del singular del pretérito perfecto, perdiendo la *o-* del principio y añadiendo *–qui*, como por ejemplo: *ni-tla-tzuma*, coser algo, hace en la tercera persona del pretérito *o-tla-tzun*, [pero] perdiendo la *o-* y tomando *–qui* hará *tla-tzun-qui*, el sastre”. Y estos toman “las partículas *tla-* y *te-* y los pronombres *no-*, *mo-* *y-*, etcétera”.

En el capítulo donde trata de los verbales adjetivos dice Olmos que algunos “acaban en *–qui* y significan la cosa por la cual ha pasado la acción o significación del verbo, como [puede ser] cosa lavada o podrida. Estos en el plural volverán el *–qui* en *–que*, como [de *temi*, llenarse] *ten-qui*, cosa llena, plural *ten-que*, o [de *palani*, pudrirse] *palan-qui*, cosa podrida o llagada, plural *palan-que*. Y estos salen de verbos neutros y no de todos”.²³

Agrega que la formación de tales adjetivos es también “del pretérito perfecto del verbo donde salen” pero sin los prefijos indefinidos, ya

²² Andrés de Olmos, *Arte para aprender...* primera parte, cap. IX, p. 45.

²³ *Ibidem*, primera parte, cap. XI, p. 56-57.



que cuando los toman “hacense sustantivos como está dicho, mudando el significado”, y da como primer ejemplo el de “*coyahua*, ensancharse, pretérito *ocoyauh*, y de aquí viene *coyauh-qui*, cosa ensanchada o horadada, plural *coyauh-que*” pero que, como dice, con *tla-* se tornaría en el nombre *tla-coyauh-qui*, el que ensancha algo. Para el segundo ejemplo de este cambio señala que de “*ten-qui*, cosa llena” se sigue “*tla-ten-qui*, el que hincha algo”, sin notar que el primer término deviene del verbo *temi*, henchirse, mientras que el otro lo hace de *tema*, henchir.

También advierte Olmos sobre la existencia de ciertos verbales adjetivos o nominales con terminaciones diversas. Algunos que se derivan de verbos neutros toman *-c*, como de “*cuechahua*, humedecerse: *cuechahua-c*, cosa húmeda”, o de “*coyahua*, ensancharse: *coyahua-c*, cosa hueca”, lo mismo que “*coyauh-qui*, cosa ensanchada o horadada”. Pero dice que hay otros que “no tienen terminación determinada porque son, a la letra, la tercera persona del pretérito perfecto del indicativo quitando la *o-*” y su significación activa denota lo que importa el verbo, como de “*te-mamauhtia*, atemorizar a otro: *te-mamauhti*, cosa espantosa, que espanta, plural *te-mamauhti-que*”, o de “*te-machtia*, enseñar a otro, *te-machtia*, el predicador”, o como de “*tla-cuiloa*, escribir: *tla-cuilo*, el escribano”.²⁴

Por su parte, fray Alonso de Molina declara brevemente que “los verbales acabados en *-qui* significan el artífice o maestro que ejercita lo que significa el verbo de donde proceden y descienden, los cuales reciben estas partículas *te-* o *tla-*”, tal como en “*tla-pix-qui*, el que guarda algo”.²⁵ Pero acerca de los nombres que derivan de verbos intransitivos no da mayor información que la que dejó implícita en sus versiones a las voces que registró en sus vocabularios, entre las cuales se encuentran:

Coch-qui, dormido.

Mic-qui, muerto, *defuncto*, cuerpo muerto.

Nen-qui, viandante, morador de alguna parte.

Palan-qui, podrido, cosa podrida.

Pozon-qui, enojado, encendido así, encruelecido, azorado así.

²⁴ *Ibidem*, primera parte, cap. XI, p. 53-56.

²⁵ Alonso de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, f. 13v-14r.



Ten-qui, relleno y harto, cosa llena, lleno, cosa llena, repleto.

Según Antonio del Rincón, entre los verbales acabados en *-qui*, aquellos que descienden de verbos transitivos y se forman con *te-*, *tlá-*, o determinada raíz nominal, “añadiendo *-qui* al pretérito de la activa” son nombres “que significan [lo que] los en *-tor* o *-trix*, como por ejemplo, *cac-chiuh-qui*, zapatero, *teo-pix-qui*, sacerdote”.²⁶

No obstante, advierte que también existen ciertos verbales de este mismo tipo que “se forman de verbos que son pasivos solamente en su significación” a cuya tercera persona del pretérito perfecto agregan *-qui* para significar lo que los “nombres adjetivos”, y que lo mismo acontece con los derivados de verbos a cuyo presente se agrega *-c*, de tal manera que resultan equivalentes a los que toman *-qui*, como por ejemplo:

De *tomahua*, ir engordando: *tomahua-c*, cosa gorda.

De *chipahua*, irse purificando: *chipahua-c*, cosa purificada.

De *palani*, podrirse: *palan-qui*, cosa podrida.

De *polihui*, perderse: *poliuh-qui*, cosa perdida.

Asimismo señala que “otros adjetivos hay que no tienen determinada terminación porque son la misma tercera persona del pretérito perfecto” de los verbos transitivos y que con sólo esto “significan lo que en latín los participios de presente, como por ejemplo, [de *teyolitia*:] *teyoliti*, *vivificans*, o [de *teyollalia*:] *teyollali*, *consolans*”.

A su vez, Horacio Carochi señala que los verbales que de ordinario se forman de verbos cuyos pretéritos de tercera persona acaban en consonante y a los cuales se añade *-qui*, significan “lo que los de la lengua latina en *-tor* y *-trix*, o lo que los participios en *-ans* y en *-ens*, de manera que casi tienen la misma significación que los verbales acabados en *-ni*”,²⁷ y pone como ejemplos:

De *pia*, en pretérito *pix*: *tlá-pix-qui*, el que guarda algo; *cal-pix-qui*, el mayordomo, el que guarda las cosas de casa; *teo-pix-qui*, el sacerdote y religioso que guarda lo que toca a Dios.

²⁶ Rincón, *Arte...*, libro III, cap. I, f. 32r-v.

²⁷ Carochi, *Arte...*, libro III, cap. VII, f. 51r-52v.



De *ichtequi*, hurtar, en pretérito *ichtec*: *ichtec-qui*, ladrón.

De *chihua*, hacer, y *cactli*, zapato, en pretérito *cac-chiuh*: *cac-chiuh-qui*, zapatero

De *miqui*, morir, en pretérito *mic*: *mic-qui*, muerto.

De *notza*, llamar, y *tlacatecolotl*, Demonio: *tlacatecolo-notz-qui*, invocador del Demonio.

De *tla-malina*, torcer cordeles: *tla-malin-qui*, cordonero.

De *pohua*, contar, con *amoxtili*, libro: *amox-pouh-qui*, lector.

Sobre los que descienden de “verbos cuyo pretérito se acaba en vocal”, dice que sólo alguna vez toman *-qui* sobre ella, como “*mo-cuicuil-qui*, lo mismo que *mo-cuicuilia-ni*, el que se hace del rogar”, pero que lo más ordinario es que “su misma tercera persona del pretérito perfecto sin la *o*- sirve deste verbal”, tal como de *tla-cuiloa* resulta “*tla-cuilo*, el pintor y escribano”, aunque con *te*- “corresponden a los participios latinos en *-ans* y *-ens*”, tal como de *teyollalia* que resulta “*teyollali*: cosa que consuela”, de *tecocoa*, “*tecoco*, cosa que lastima” o de *tetolinia* que da “*tetolini*, cosa que aflige”. Pero dado que estos mismos tomaran *-qui*, su significación será como los en *-ni*, de tal manera que *te-yollaliani*, consolador, da lo mismo que *te-yollali-qui*.

Asimismo, Carochi señala que entre estos mismos verbales hay otros que se forman de casi todos los verbos neutros incoativos, aunque también de algunos transitivos, a cuyos pretéritos se les añade *-c* para el singular y *-que* para el plural, como los que siguen:

De *chipahua*, pararse limpio: *chipahua-c*, puro, limpio, y en plural *chipahua-que*.

De *catzahua*, pararse sucio: *catzahua-c*, sucio, y en plural *catzahua-que*.

De *tomahua*, engordar: *tomahua-c*, gordo, y en plural *tomahua-que*.

De *namaca*, vender: *tla-namaca-c*, el vendedor, que vende algo; *oc-namaca-c*, el pulquero, que vende pulque; *tlaxcal-namaca-c*, vendedor de pan; *naca-maca-c*, vendedor de carne, que es *nacatl*; *pa-namaca-c*, que vende medicinas, que se llaman *patli*.

Para Joseph Augustín de Aldama y Guevara, también de los muchos verbales que “se forman de pretéritos que acaban en consonante” y agregan *-qui*, unos son adjetivos, como el neutro “*palan-qui*, podrido,

pero los más son sustantivos y sinónimos de los en *-ni*, como *tla-chiuh-qui* y *tla-chihua-ni*”, aunque reconoce que algunas veces sólo toman el *-qui*, tal como “de *cocoya* [estar enfermo], cuyo pretérito es *cocox*, no usan sacar *cocoya-ni* sino *cocox-qui*”.²⁸

De igual manera señala que de aquellos que derivan de verbos transitivos hay unos cuya “misma voz del pretérito perfecto de indicativo (sin anteponerle *o*) sirve también de nombre”, como es el caso de *cocoa*, lastimar, “*te-coco*, cosa que lastima o daña”, o de *machtia*, enseñar, “*te-machtia*, maestro”. No obstante, advierte que a verbales como estos “suelen añadirles *-qui*” y que “unos y otros son por lo común sustantivos y por lo común sinónimos de los en *-ni*” y pone como ejemplo el de *te-machtia*, el maestro, que aun siendo “*te-machtia-qui*, es lo mismo que *te-machtia-ni*”.

Sobre los verbales que derivan del pretérito perfecto añadiendo *-c*, afirma Aldama que comúnmente son adjetivos que salen de verbos neutros, como lo son *chipahua-c*, limpio, o *tomahua-c*, gordo, pero “los que salen de transeúnte son sustantivos y sinónimos de los en *-ni*, como *tla-namaca-c*, *oc-namaca-c*, que son lo mismo que *tla-namaca-ni* y *oc-namaca-ni*”.

Cien años más tarde, Faustino Chimalpopoca Galicia confirma en su lección sobre “los nombres que participan del verbo” que hay muchos de ellos que “no son más que el pretérito perfecto de indicativo y que hacen veces de nombre sustantivo, o equivalentes a los en *-ni*”, y como ejemplo pone “*tlacuilo*, escribiente”. Pero además de estos, dice que “los pretéritos acabados en *-uh* o consonante, toman *-qui* para el verbal sustantivo, como por ejemplo *tla-chiuh-qui*, hacedor, *tla-mat-qui*, sabidor, o *mic-qui*, muerto”.²⁹

Ya en pleno siglo xx, Ángel María Garibay refiere que los nombres verbales de perfecto significan “el que ejecutó la acción en el pasado, similar a ciertos perfectos castellanos en participio: leído, el que leyó”, y cuya formación es “con los prefijos indefinidos, el tema de perfecto y el sufijo *-qui*”. Pero advierte que tratándose de verbos neutros en pretérito se forman adjetivos, muchos de los cuales “tienen carácter participial

²⁸ Aldama, *Arte...*, n. 438-439.

²⁹ Chimalpopoca Galicia, *Epítome...*, p. 70-71.



y terminan en *-qui* o *-ni*, que son sufijos de nombres verbales”, aunque también existen otros adjetivos verbales que se forman “agregando el sufijo *-c* al tema del presente, y rara vez al del perfecto sin aumento”,³⁰ como en los siguientes ejemplos que pone para cada forma.

Te-pix-qui, que guardó personas.

Tla-pix-qui, que guardó cosas.

Tla-ocox-qui, triste.

Tlapan-qui, quebrado.

Mic-qui, muerto.

De *chipahua*, limpiar: *chipahua-c*, limpio.

De *cocoa*, estar doliente: *coco-c*, que punza.

De *xocoa*, acedarse: *xoco-c*, acedo.

Ya está visto que para Thelma D. Sullivan son tres los sustantivos verbales que “designan al autor de una acción, al agente que la realiza”, y que cada uno “se caracteriza por el tiempo y la voz del verbo del que se deriva, y los prefijos o sufijos que se le añaden”. Fue de este modo como describió los verbales que agregan al presente los sufijos *-ni* o *-ni-me* al plural, y es así como señala ahora que existen otros a los que “se añaden los sufijos *-qui*, en singular, y *-que*, en plural, al pretérito del indicativo, omitiendo la *o* inicial”,³¹ tal como en los ejemplos que propone.

De *miqui*, morir: *mic-qui*, el muerto, en plural *micque*.

De *cal-pia*, guardar casa: *cal-pix-qui*, mayordomo, en plural *cal-pix-que*.

De *te-tema*, bañar a alguien: *te-ten-qui*, bañador, en plural *te-ten-que*.

De *mo-tepantia*, construir para sí: *mo-tepanti-qui*, constructor, en plural *mo-tepanti-que*.

³⁰ Garibay, *Llave del náhuatl...*, p. 50 y 56.

³¹ Sullivan, *Compendio...*, p. 118-123.



La tercera de las formas que según Sullivan “designa al autor de una acción, al agente que la realiza”, es la que toman algunos sustantivos verbales que, aunque derivan del mismo pretérito de indicativo sin la *o* inicial, omiten el sufijo *-qui* del singular y sólo para el plural añaden *-que*, tal como en los ejemplos que pone:

De *tila-cuiloa*, pintar: *tila-cuilo*, pintor, en plural *tila-cuilo-que*.

De *te-poloa*, conquistar: *te-polo*, conquistador, en plural *te-polo-que*.

De *te-itionia*, hacer sudar: *te-itioni*, el que hace sudar a alguien, en plural *te-itioni-que*.

De *tila-namaca*, vender algo: *tila-namaca-c*, vendedor, en plural *tila-namaca-que*.

Te-tila-maca, dar algo a alguien:, *te-tila-maca-c*, dador, en plural *te-tila-maca-que*.

Y bajo el supuesto de que todas las formas mencionadas en *-ni*, *-qui*, *-c* o del pretérito sin aumento, designan por igual al agente o autor de una acción determinada, Sullivan pudo afirmar como un hecho el que “muchos sustantivos verbales que pertenecen a este grupo se forman de dos o tres maneras”, a saber:

Tla-tataca-c o *tila-tataca-ni*: escarbador.

Te-machti, *te-machtia-ni* o *te-machti-qui*: maestro, el que enseña a la gente.

Mo-cayahua-ni o *mo-cayahuh-qui*: burlador, el que se burla.

Tla-cuilo o *tila-cuiloa-ni*: pintor.

Por lo que respecta a los adjetivos verbales, Sullivan señala que su formación es de dos maneras, la primera de las cuales es la de aquellos que por regla general derivan de verbos intransitivos a los que se “agrega *-c* al presente de indicativo” para denotar “como atributo lo expresado por el verbo”,³² como por ejemplo:

Chipahua, limpiarse: *chipahua-c*, limpio.

Iya, heder: *iya-c*, hediondo.

Pitzahua, estar delgado: *pitzahua-c*, delgado.

Tliltia, entintarse: *tlilti-c*, negro.

Piaztia, hacerse largo, delgado: *piazti-c*, largo y delgado.

Xoxoctia, ponerse verde: *xoxocti-c*, verde.

³² *Ibidem*, p. 181-184.



La segunda formación de tales adjetivos corresponde a los que “derivan de verbos transitivos o intransitivos añadiendo el sufijo *-qui* al pretérito del verbo” y que denotan “el efecto de lo que expresa el verbo”, aunque debe notarse “que los adjetivos derivados de verbos transitivos no toman los prefijos *te-* o *tle-*, lo cual es propio de los sustantivos formados de esta misma manera”, a saber:

Polaqui, sumergirse: *polac-qui*, sumergido.

Malina, torcer: *malin-qui*, torcido.

Coyoni, estar horadado: *coyon-qui*, horadado.

Poztequi, quebrar: *poztec-qui*, quebrado.

Temí, estar lleno, *ten-qui*, lleno.

Pozoni, hervirse: *pozon-qui*, hervido.

Por su parte, Michel Launey establece que los verbales que se forman del pretérito con las variantes del sufijo participial, *-qui*, *-c* o *-'*, se traducen generalmente al español como nombres o adjetivos, “según sea el sentido del verbo del cual son derivados”. Pero cuando estas formas derivan de verbos con prefijos indefinidos o reflexivos, y cuyos “plurales y algunos singulares son morfológicamente idénticos en el pretérito sin aumento utilizado verbalmente”, es común traducirlos por “nombres de agente” y siendo tales “pueden conjugarse con el sujeto”, como en los ejemplos que siguen:³³

Te-pix-qui, guardián de personas (de prisioneros, por ejemplo).

Te-yacan, dirigió (a la gente), *te-yacan-qui*, jefe, dirigente, o *ti-te-yacan-qui*, eres jefe y en plural *te-yacan-que*.

Tla-chix-qui, centinela (que tiene por misión mirar), *ni-tla-chix-qui*, soy centinela.

Mo-pouh-qui, engreído, vanidoso (literalmente que se cuenta).

Tla-namaca-c, vendedor, uno que vendió, y en plural *tla-namaca-que*

Tla-cuilo-' (más que *tla-cuilo-qui*), pintor, escriba, o *ti-tlacuilo-'*, eres escribano, y en plural *tla-cuilo-que*, son escribas o escribieron.

³³ Launey, *Introduction à la langue...*, lección 16, p. 151-156.



En cuanto a los demás verbales, aunque Launey afirma que “no existe en nahuatl una clase de palabras que sean específicamente adjetivos” sino que sólo son aquellas que tienen “la propensión a traducirse por adjetivos en una lengua como el español”, menciona que entre tales palabras están las que derivan de verbos intransitivos, sin importar que algunas tengan raíz nominal, todas las cuales emplean el pretérito sin aumento de una manera adjetival, algunas mediante el sufijo *-qui* para el singular y otras mediante el *-c*, pero todas con el sufijo *-que* en el plural, como en los grupos de ejemplos que siguen:³⁴

Mic-qui, muerto.

Coch-qui, dormido.

Cualan-qui, enojado, encolerizado.

Toton-qui, caliente.

Cocox-qui, enfermo.

Chipahua-c, limpio, puro.

Catzahua-c, sucio, impuro.

Melahua-c, derecho, justo

Canahua-c, delgado.

Patlahua-c, ancho.

Tomahua-c, gordo.

Chicahua-c, fuerte.

Teti-c, petrificado, duro como una piedra.

Cuauhti-c, alto, de buena estatura, como un árbol.

Tlilti-c, negro, como la tinta.

Chichilti-c, rojo, como el chile.

Por último, Launey nota que los derivados de verbos intransitivos en *-ni* “no poseen fundamentalmente el mismo sentido que las formas en *-c* o *-qui*, pero pueden a veces acercárseles tanto que no se distinguen”. Las diferencias entre ellos “pueden formularse así: *-qui* marca más bien un estado, *-ni* una propiedad”, como por ejemplo:

³⁴ Launey, *Introducción a la lengua...*, lección 12, p. 108-110.



Mic-qui, muerto.
Miqui-ni, mortal.
Cualan-qui, irritado.
Cualani-ni, irritable.
Xeliuh-qui, dividido, separado.
Xelihui-ni, divisible, fisurable.

Asimismo, señala que por regla general “-c, -qui o -’ (cero), marcan más bien una función social, una profesión, [y] -ni una capacidad, una propensión”, muy a pesar de que “la gran mayoría de nombres de profesión o de función social sean del tipo de *tla-namaca-c*, *te-pix-qui* y *tla-cuilo-*”, aunque también se encuentren formas en -ni para los nombres de profesión, como *tla-toa-ni* o “rey u orador”, “*cuica-ni* y no *cuica-c*”, que es el “cantante”, o “*tla-cuiloa-ni*, [que es] sinónimo de *tla-cuilo-*”. En suma, señala que ambas formas “pueden coexistir y ser más o menos sinónimas: parece ser que entre *mo-pohua-ni* y *mo-pouh-qui* no existe una diferencia de sentido”, y dado que “sólo la formación de perfecto presenta habitualmente la forma de posesión”, es por este hecho que se ligan: “*cuicani* ‘cantante’, pero *tocuicacauh* ‘nuestro cantante’ o bien, *tlatoani* ‘rey’, pero *totlatocauh* ‘nuestro rey’”.³⁵

De las formas y sus significados

En primer término es suficiente un somero examen de lo expuesto acerca del proceso de construcción de los verbales en -ni para poner en evidencia, primero, que a partir de Olmos todos los demás autores convinieron en que son nombres que descienden de verbos transitivos, neutros o reflexivos de la tercera persona del presente del indicativo con el sufijo -ni. Asimismo, que hubo coincidencia en que para el plural suelen tomar -ni-me, aunque Olmos aclaró que además de este agregado se usó de manera indiferente el de -ni-h, mientras que Carochi y Launey prefirieron la forma -ni-’, que según este último autor es más bien verbal mientras que el otro es nominal.

³⁵ Launey, *Introduction à la langue...*, lección 16, p. 154-156.

Pero también se advierten precisiones encontradas como la que hizo Molina al asegurar que ante la falta de participios, en esta lengua indígena se suplieron con los verbales en *-ni* mismos que para Garibay son casi como los participios del castellano. De igual manera, cuando Olmos afirma que aquellos que descienden de verbos neutros son adjetivos, Garibay dice que son tan solo de carácter participial, los cuales para Sullivan fueron de poco uso en tanto que Launey aseguró que propiamente no hubo adjetivos nahuas y que sólo se tradujeron como tales.

Y por lo que respecta a la formación de los verbales en *-qui*, todos los autores están de acuerdo en que son nombres que descienden de la tercera persona de verbos transitivos del pretérito perfecto, sin la *o-* inicial pero con el sufijo *-qui* o simplemente con el *-'*, los cuales cambian para el plural por *-que*. Concuerdan también en que aquellos que derivan de verbos intransitivos del pretérito perfecto con el sufijo *-qui* o su variante *-c* en el singular son adjetivos que de igual manera hacen su plural en *-que*. Y por lo que respecta a las opiniones contrapuestas, tanto Rincón como Carochi consideraron como adjetivos a los que otros pensaron que eran nombres derivados del pretérito perfecto de los verbos transitivos sin el aumento y con el prefijo *te-*.

En suma, lo que se presenta como fundamental en cada uno de los procesos de formación de los nombres o adjetivos mencionados es el hecho de que mientras unos descienden de verbos de la tercera persona del presente de indicativo con el sufijo *-ni* en singular y *-ni-me* o *-ni-'* para el plural, los otros provienen de verbos del pretérito perfecto agregando *-qui*, *-c* o *-'* al singular y *-que* para el plural, los cuales, según la aclaración de Launey, no son más que formas del sufijo participial del perfecto.

No obstante lo anterior, independientemente de los muy diferentes medios utilizados para la construcción de cada uno de estos dos verbales, algunos autores pensaron que la significación de ambos era como la de los latinos en *-tor* o en *-trix* y los participios en *-ans* o *-ens*. Pero también hubo casos en los que agregaron que de manera indiferente unos y otros designan al autor de una acción o al agente que la realiza, y que bajo una forma u otra significan casi lo mismo o que pueden confundirse, pero que



a pesar de coexistir y ser vocablos más o menos sinónimos, en determinadas ocasiones se prefirió utilizar sólo una de sus formas.

De manera específica y por demás significativa, para el mejor entendimiento del proceso global de las versiones puede verse que los ejemplos de las dos formas verbales y de sus contenidos equivalentes dados por algunos de los autores mencionados, coincidieron casi por completo con los que Molina registró y tradujo en sus dos vocabularios de 1571, a saber:

Con Carochi: *mo-cuicuili-qui*, lo mismo que *mo-cuicuilia-ni*, el que se hace del rogar.

Te-yollalia-ni, consolador, da lo mismo que *te-yollali-qui*.

Con Carochi y Aldama: *tla-namaca-c*, *oc-namaca-c*, son lo mismo que *tla-namaca-ni* y *oc-namaca-ni*, el vendedor, que vende algo, y el pulquero, que vende pulque.

Con Aldama: *tla-chiuh-qui* y *tla-chihua-ni*, factor, hacedor.

Temach-ti, el maestro, o *te-machti-qui*, son lo mismo que *te-machtia-ni*.

Con Aldama y Sullivan: *te-machti*, *te-machtia-ni* o *te-machti-qui*, maestro, el que enseña a la gente.

Con Sullivan: *tla-tataca-c* o *tla-tataca-ni*, escarbador.

Mo-cayahua-ni o *mo-cayauh-qui*, burlador, el que se burla.

Tla-cuilo o *tla-cuiloa-ni*, pintor.

Con Launey: *mo-pohua-ni* y *mo-pouh-qui*, entre ellos no parece existir una diferencia de sentido: engreído, vanidoso (literalmente que se cuenta).

No obstante, debe reconocerse que también se dieron algunas propuestas claras y bien fundadas que tomaron en cuenta los diferentes elementos que intervienen en la construcción de estas palabras, aunque finalmente los eludieran. Fue este el caso de Sullivan quien, luego de precisar que cada una de las formas resultantes de los procesos “se caracteriza por el tiempo y la voz del verbo del que se deriva, y los prefijos o sufijos que se le añaden”, acabó haciéndolas equivalentes al asignarles uno y el mismo significado.



De manera similar, Launey señala que los verbales que suelen traducirse al español como nombres de agente o como adjetivos son aquellos que se derivan del pretérito perfecto con los sufijos *-qui*, *-c*, o *-'*, entre los cuales ciertamente existen formas como “*cochqui*, dormido” pero que “no tienen el sentido temporal del pretérito” además de que, tal como los nombres, todos ellos “son intemporales”.

Y por lo que respecta al “eventual” o forma derivada del presente en *-ni*, que es el que también se acostumbra traducir mediante nombres o adjetivos, dice Launey que puede “considerarse a la vez como un tiempo y como un modo” y cuya función principal es la de “marcar, no la realización presente, concluida o futura de un proceso, sino más bien la propensión, la capacidad del sujeto a realizarlo” con los sentidos de “tener la virtud de..., inclinarse a..., ser susceptible de...” o indicar una costumbre.

En un último punto Launey advierte que los derivados de verbos en *-ni* “no poseen fundamentalmente el mismo sentido que las formas en *-c* o *-qui*, pero pueden a veces acercárseles tanto que no se distinguen”. No obstante, luego de señalar que por regla general existe una clara diferencia entre unos y otros puesto que los que acaban en *-c*, *-qui* o *-'* marcan “más bien una función social, una profesión” y los que lo hacen en *-ni* “una capacidad, una propensión”, reconoce sin reservas la presencia de verbales como “*tlatoani*, rey”, “*cuicani*, cantante”, “*tlacuiloani*, escriba o escribidor” que es “sinónimo de *tlacuilo*”, tal como entre “*mopohuani* y *mopouhqui* no existe una diferencia de sentido”.

Del análisis anterior se desprende, en primer término, que los procesos de construcción de unas y otras formas quedaron descritos desde los años iniciales del régimen colonial y que continuaron así mostrando su peculiar utilidad hasta nuestros días. Sin embargo, en lo que respecta a los significados que se dieron a cada uno de los verbales resultantes de aquellos procesos, no queda sino suponer que quienes esto hicieron en vez indagar sus sentidos en las acciones propias de los nahuas acaso se preocuparon más por esclarecer los mismos a partir de los de ciertas categorías gramaticales que, como las de nombres, adjetivos o participios, fueron introducidas desde un principio en las versiones del lenguaje indígena. Dicho de otra manera, con tal proceder parece que se esquivó el



hecho de que “ni los pensamientos ni el lenguaje forman por sí mismos un reino aparte, sino que son, sencillamente, expresiones de la vida real”.³⁶

Es cierto que para entender los sentidos tanto del lenguaje como del pensamiento y las acciones de los nahuas ya sometidos los misioneros también se valieron de las normas provenientes de las gramáticas latina y española, así como de los conceptos que traían en sus mentes y que incluyeron en sus versiones al español. No obstante, cabe recordar que en los años que siguieron a los hechos de 1521 resultaba imperioso seguir el parecer de Pedro de Gante, según el cual, para una cabal “conversión de los indios” se les debía guiar “no sólo en las cosas espirituales de la salvación, mas también en las temporales de la humana industria”.³⁷ Y fue esto justamente lo que marcó la diferencia fundamental entre lo que se hizo por entonces y lo que aconteció después.

En efecto, si los primeros frailes autores de artes y vocabularios cumplieron con su cometido fue no sólo por haberlo hecho mediante la prédica de su religión en el lenguaje de los indios ya estudiado a partir del romance y modificado en lo espiritual, sino a través de las imágenes relativas a la humana industria importadas de sus tierras e infiltradas en estas. De lo cual se infiere, en primer término, que los misioneros aprendieron el lenguaje de los nahuas y lo adecuaron con el fin primordial de borrar sus antiguas creencias y prácticas religiosas para con ello implantar las del cristianismo. Pero además, dado que al mismo tiempo que tal cosa hacían utilizando el lenguaje nativo, también mediante la observación directa y constante de la vida real de los nahuas novohispanos lograron entender de manera suficiente algunas de las relaciones originales de su proceso social de producción y con ello ajustarlas a las del nuevo régimen ya imperante.

De la adecuación del pensamiento religioso indígena al del español resultó una confusión tan seria como la que por aquel entonces le fue revelada a fray Diego Durán por un indio que le dijo: “Padre, no te espantes, pues todavía estamos *nepantla*”,³⁸ y que por ello el mismo Durán pudo entender que “aún estaban neutros”, situados en medio de

³⁶ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, p. 534.

³⁷ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, libro V, cap. 18.

³⁸ Diego Durán, “Comienza el calendario antiguo”, en *Historia de las Indias de la Nueva España y las islas de tierra firme*, cap. III.



dos concepciones del mundo tan distintas que no encontraban el camino a seguir, aunque a la postre, para sobrevivir se vieron obligados a conciliarlas en la práctica, tal como en las peculiares formas religiosas que aún pueden observarse ahora, y no sólo en Mesoamérica sino en buena parte de Sudamérica.

Por lo contrario, del reacomodo tanto conceptual como práctico de las formas sociales de producción originarias resultó lo que verdaderamente se buscaba, esto es, la inserción y el disfrute del trabajo y el servicio de los indígenas en el sistema productivo colonial. También de esto resultó que los sentidos alternos, otrora dados al lenguaje de los nahuas, concordaran plenamente con los de la práctica que ciertamente realizaban. Pero siendo esto así, debe de quedar muy claro que las versiones hechas a partir de los conceptos introducidos por los primeros frailes pueden considerarse como válidas siempre y cuando se refieran a la vida real de los nahuas novohispanos, mas no o casi no, a la de sus ancestros prehispánicos.³⁹

Como secuela de lo anterior, hoy sólo contamos con el lenguaje propio de los nahuas recién conquistados, esto es, con el mismo que con grande esmero recabaron y registraron autores como Olmos, Sahagún y Molina, quienes además lo vertieron al español de común acuerdo con sus informantes, pero que también, acaso por falta de un pleno entendimiento mutuo, en ocasiones aplicaron uno y el mismo significado a dos o más vocablos nahuas diferentes, aunque por razones más bien políticas y económicas también cambiaron los sentidos que debían corresponder a ciertas voces por otros tan diversos como diversos eran los modos de percibir y de enfrentarse a la realidad por parte de sus hablantes nativos y de quienes los dominaron.

No obstante el panorama anterior, si se considera que como cualquier otro lenguaje en la historia también el de los nahuas fue el reflejo de un sistema determinado por el modo específico de su producción social y de las relaciones que de ella emanan, los sentidos que originalmente contenían sus voces y que quedaron ocultos por haber sido suplantados por otros de la misma especie aunque históricamente ajenos,

³⁹ Como claros ejemplos de esto véase Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro X, cap. XVI-XXVI, donde se habla “de los tratantes”.



podrán ser develados sólo si para ello se toma en cuenta la práctica creativa o reiterada, reflexiva o espontánea de sus hablantes, esto es, considerando las relaciones que se dieron entre sí y las que aplicaron ante los materiales, objetos y medios de sus necesidades y de sus actividades en el seno de su propia comunidad.

Ahora bien, desde el punto de vista de las normas no sólo del lenguaje sino de la práctica social de los nahuas, es claro que los nombres derivados tanto en *-ni* como en *-qui* describen de manera indiferente una y la misma relación, que no es más que la que existió entre un sujeto determinado y su propia actividad. Sin embargo, la semejanza que entraña esta relación se desvanece, en un primer momento, cuando se observa que los nombres en *-ni* provienen de verbos del presente de indicativo en tanto que los acabados en *-qui* lo hacen del pretérito perfecto, lo cual significa que así como en el lenguaje, también en la vida real las acciones de los primeros aparecen siempre en movimiento mientras que las de los segundos están agotadas, acabadas o en reposo, puesto que ya han concluido el objetivo del sujeto.

Como complemento de lo anterior debe considerarse que de todos estos nombres algunos descienden de verbos transitivos y otros de neutros, unos con reflexión y otros sin ella, y por lo tanto, que es justamente por las formas y los tiempos implícitos en el proceso conjunto de lengua, pensamiento y práctica, que es posible comprobar cómo en ocasiones la actividad del sujeto se va incorporando al objeto señalado o se presenta ella ya objetivada no sólo en un producto sino en el sujeto. Pero de igual modo puede verse cómo afecta dicha acción a la propia circunstancia del sujeto y acaso a la de otro, de manera transitoria o eventualmente definitiva, aunque también es posible que se presente como una acción que el sujeto proyecta sobre sí y que a la postre él mismo queda transformado.

Y retornando al hecho de que en cualquiera de sus formas todos estos adjetivos o nombres verbales describen una relación básica, simple y común entre las distintas actividades y sus agentes, cabe la posibilidad de que fuera esta la razón por la que se pensó desde un principio que se estaba frente a un proceso general de trabajo, esto es, un proceso válido para todas las formas de sociedad en la historia, incluyendo por supuesto a la de los conquistadores y a la de los vencidos.

Sin embargo, ya que la noción de un trabajo en general no puede ser más que el resultado intelectual de una totalidad concreta de trabajos, en cuanto abstracción presupone el desarrollo de esa misma totalidad de formas reales de trabajo dadas en determinadas sociedades, tanto en las que el modo de su producción no sólo permite sino que incita u obliga a los individuos a pasar de un trabajo a otro, como en las que el género del trabajo puede llegar a ser considerado por sus miembros como fortuito y por lo tanto, indiferente,⁴⁰ como desde entonces se prefiguraba en las relaciones de producción europeas y que por ello pudo introducirse y adecuarse en las de los indígenas.

Ciertamente la concepción del trabajo en general, o del trabajo indiferente convertido ya en el medio general para la producción de la riqueza en general, pudo permitir a los conquistadores equiparar los elementos de la práctica nativa con los de la suya a partir de las múltiples formas de acción contenidas en sus lenguajes respectivos, las más de las veces conservando los sentidos originales dados a las voces nahuas, o adaptando a su modo y conveniencia los de algunas otras, pero también igualando la significación de dos o más nombres diferentes, aunque ampliando la de alguno de ellos.

Que fue de este modo como pudo iniciarse la conversión del pensamiento y de la práctica social de los nahuas lo comprueba el hecho de que en sus vocabularios y artes de la lengua náhuatl los misioneros intercalaran en sus versiones al español no pocos conceptos claramente provenientes de las formaciones sociales en las que antes vivieron y cuyos sentidos consideraron adecuados al régimen novohispano además de suponerlos análogos a los que los nahuas prehispánicos concibieron. No dicen otra cosa las referencias a los *pecadores*, *sodomitas* y *prostitutas* o *malas mujeres*, a los *dueños*, *amos* y *señores* o *caciques*, a los *mayordomos* y *pajes*, a los *propietarios*, *ricos* o *pobres*, a los *reyes*, *nobles* y *caballeros*, a los que *venden* y *compran* dentro o fuera de los *mercados*, a los trabajadores que son *asalariados* y *pecheros*, incluyendo a quienes se pensó que laboraban por su propia cuenta y riesgo.

No cabe duda que la introducción de tales conceptos en el lenguaje y la práctica de los nahuas fueron mediadas por las relaciones emanadas

⁴⁰ Sobre este asunto véase Marx, *Contribución...*, p. 304-306.



del sistema social de producción en el que se formaron y vivieron tanto sus conquistadores iniciales como los religiosos que procuraron luego su conversión. Es claro también que la idea que acaso tuvieron los hispanos sobre la indiferencia en los trabajos suponía un mayor desarrollo de los propios y por tanto, un conocimiento suficiente de ellos. Pero siendo esto así llama la atención que sin razón aparente se ignoraran los momentos de ejecución de cada una de las actividades orientadas a un fin determinado y, sobre todo, de las que aparecen formalmente descritas en los nombres nahuas derivados de uno y el mismo verbo pero con la distinción de tiempos y con afijos muy diversos.

En efecto, no deja de sorprender que si *cochi-ni* fue para Carochi “el que duerme”, Molina y Aldama lo consideraran más bien como el “dormilón”, y que cuando Launey admitió la versión que Molina dio a *coch-qui* como el “dormido” lo hiciera advirtiendo que no tiene el sentido del pretérito puesto que como todos los nombres también éste es intemporal. De igual modo es notable que, desde Molina, tanto *tlacaqui-ni* como *tlacac-qui* signifiquen “el que oye y entiende”, que *tlamina-ni* y *tlamin-qui* se refieran al “flechero que tira con arco”, que *tlacuiloa-ni* y *tlacuilo* designen al “pintor o escribano”, que con *tlacanamacani-ni* y *tlacanamacac-c* se nombre al “vendedor de siervos”, o que *cualani-ni* sea la “persona que se enoja muchas veces” y que *cualan-qui* es sólo el que “está enojado”.

Caso especial fue el de Garibay, quien, para explicar la diferencia entre ambas formas verbales, tan sólo puso como ejemplos *tla-pia-ni* y *tla-pix-qui*, afirmando que uno es “el que guarda cosas” y el otro “el que guardó las cosas”. Pero si Garibay pudo captar los sentidos que en la teoría y en la práctica correspondían a estas voces, nada dijo sobre cómo nombrarlos y distinguirlos en sus versiones al español para evitar lo que justamente hicieron Molina y otros, al afirmar que una y otra formas significaban tanto “el que guarda”, como el mismo “guarda o guardador”.

Y si todos los autores mencionados convinieron en que los significados de las voces que descienden de un mismo verbo varían según la temporalidad y los prefijos y sufijos asignados a cada una, se refuerza la hipótesis ya esbozada según la cual, para dar mayor claridad a los sentidos de las versiones que efectuaban recurrieron a los de las categorías gramaticales latinas y del romance, esto es, a las mismas que

fueron previamente introducidas pero que pronto ejercieron su influencia en tanto que nombres, adjetivos o participios, negando con esto su tácito acuerdo sobre las diferentes formas verbales e ignorando que la clave para resolver el problema estaba en ventilar las relaciones efectivamente dadas entre las acciones y el lenguaje de los nahuas.

La confusión fue tanta que, cuando Molina, Rincón y Carochi afirmaron que los “substantivos en *-ni* significan lo que en latín los de en *-tor* o *-trix*”, el mismo Carochi junto con Aldama ampliaron la equiparación incluyendo a los nombres “latinos en *-ans*, *-ens*, *-tor* y *-trix* y a los españoles que equivalen a dichos latinos y acaban comúnmente en *-te* [o en] *-or*”. Y el desconcierto aumentó cuando algunos admitieron que los nombres en *-qui* significaban también “lo que los de la lengua latina acaban en *-tor* y *-trix*, o lo que los participios en *-ans* y en *-ens*”,⁴¹ muy a pesar de que Molina afirmara que en esta lengua mexicana no existen propiamente los participios y que, según Launey, tampoco existen palabras que sean específicamente adjetivos.⁴²

De tal manera, la indagación de los sentidos que debían corresponder a cada uno de los verbales nahuas parece haberse reducido a una simple equiparación de los significados latinos y españoles ya establecidos o de estos mismos frente a otros semejantes para con esto dar por sentado, por ejemplo, que a partir de la acción presente de las formas en *-ni*, el que daña o *peca* es *pecans*, *peccator* o *pecador*, el que canta es *cantor* o *cantante*, el que hace algo es *factor* o *hacedor*, el que enseña a alguien es *docens*, *doctor* o *maestro*, y el que duerme es *dormilón*, pero quien come es tan sólo *comedor*. Del mismo modo, pero tomando como punto de partida acciones plenamente concluidas como las de voces en *-qui*, quedó el supuesto de que quien ya consoló a otro no es más que quien lo consuela, el *consolador* o el *consolans*, y también que el que guardó la casa es el mismo que la guarda, es decir, el guardián o *mayordomo*.

⁴¹ Véase en el *Arte...* de Molina, primera parte, cap. IV, f. 69r; en el de Rincón, libro III, cap. I, f. 28r y 32r-v; en el de Carochi, libro III, cap. I, f. 43v-44v y 51r-52v, y en el de Aldama, n. 402-405.

⁴² Molina, *Arte...*, primera parte, cap. IV, f. 69r y Launey, *Introduction...*, lección 12, p. 108-110.



Y por si fuera poco, a la indiferencia de los tiempos para la realización de los procesos descritos se añadió una supuesta acción reiterativa o intensiva de los verbales del presente en *-ni*, por medio de la cual un *tlatoa-ni* dejó de ser el que habla para convertirse en hablador (añadiendo a esto que su plural fue sólo el pretérito *tlato-que*), mientras que *cualani-ni* pasó a ser el que se enoja con frecuencia y *cochi-ni* el dormilón. Pero si con este mismo sentido *cuica-ni* ya no fue el que canta sino el que lo hace reiteradamente, no se explica por qué al grillo y al *cocho* o loro, que se distinguen por su canto incesante, se les llamó *cuiccuica-ni*, o por qué *miqui-ni* no se tradujo como el que suele morir sino como el que muere, o más aún como cosa mortal, tal como en su forma impersonal *micohuani*.

No obstante lo anterior, puede y debe aducirse que de este mismo modo es como se nombra en otras lenguas a los que ejecutan cierta actividad en el seno de alguna determinada sociedad. Y en efecto, es así como en español se afirma que el que está pintando es un *pintor*, pero también que el que ahora tiene la palabra puede ser, además de *hablante*, no sólo un simple y locuaz *hablador* sino algún *predicador*, un malo o correcto *orador*, un *árbitro* o muchas otras cosas más. Pero el mismo asunto parece complicarse más cuando, una vez concluida la actividad de uno y otros, reconociendo la pintura y el discurso como resultados de sus acciones respectivas y sin importar que acaso sigan o no pintando o hablando, se les designe con los mismos nombres de pintores y habladores que se dieron a quienes sólo pintan y hablan.

Se advierte, entonces, que el problema no concierne solamente a un lenguaje específico sino a toda la práctica social y que por ello su solución debe estribar no sólo en la confirmación de que el lenguaje y la práctica son expresiones conjuntas de la vida real, sino en el reconocimiento de los tiempos o etapas que necesariamente se presentan en todo proceso. De tal manera, si lo que describen estos verbales nahuas son *formas particulares* del proceso general de trabajo o, si se prefiere, del conjunto de actividades humanas orientadas a la satisfacción de sus necesidades objetivas o subjetivas, en la medida en que se proyectan e incorporan a su objeto confirman su presencia activa como un trabajo vivo y en movimiento por medio del cual el objeto se va transformando paulatinamente hasta que al concluir la acción, su objeto se ha convertido en un producto, el trabajo en productivo, y el propio agente en productor.



En consecuencia, lo que más distingue al agente de un trabajo ya consumado, no es solamente el objeto producido sino su propia capacidad adquirida y acumulada durante los procesos anteriores, la cual lo hace mejor dispuesto para emprender nuevos trabajos. De tal modo que si bien es cierto que todos los que laboran en un proceso son igualmente trabajadores, uno de ellos puede resultar más hábil, eficiente o de mayor experiencia, y esto es justamente lo que se distingue con bastante precisión en los verbales nahuas pero que generalmente se confunde o iguala en sus versiones a otras lenguas, acaso imprecisas, y que sólo en muy contadas ocasiones se alcanza a percibir en ellas la diferencia real entre unos y otros trabajadores.

Es esto último lo que parecen implicar los siguientes ejemplos de formas derivadas de verbos transitivos, unos del presente en *ni-* y otros del pasado en *qui-*, tomados de Molina con algunas adendas de diversos autores. En los primeros se describe, de distintos modos, al sujeto que va proyectando su acción sobre determinado objeto, mientras que en los segundos en *-qui*, a través de nombres, adjetivos o participios, se da cuenta de la transformación del mismo sujeto como resultado de su acción ya consumada.

Te-pia-ni: el que guarda a otro.

Te-pix-qui: guardián.

Ti-no-te-pix-cā-uh: eres mi guardián (Launey).

Tla-pia-ni: el que guarda [o deposita] algo.

Tla-pix-qui: el que guarda algo, el depositario.

No-tla-pix-ca-uh: el que guarda mis cosas, mi guarda (Olmos).

Te-chia-ni: el que espera a aguarda a otro.

Te-chix-qui: mesonero, o el que espera a otros.

Te-yacana-ni: guía de otros, o cosa primera, mejor y excelente.

Te-yacan-qui: guiador o gobernador, primero y principal.

Te-yacan: dirigió, y por tanto *te-yacan-qui* es un jefe, dirigente (Launey).

Tla-melahua-ni: el que suele pasar de largo cuando va a alguna parte, o el que declara o expone alguna cosa, o el que endereza lo tuerto.

Tla-melauh-qui: enderezador.



Tla-ai-ni: labrador o el que está ocupado y entendiendo en algo.

Tla-ax-qui: labrador o el que hace alguna obra.

Tla-pa-ni: el tintorero que tiñe paños.

Tla-pa-qui: tintor.

Tla-pachoa-ni: apretador, que cubre o cobija.

Tla-pacho-qui: gallina clueca que está sobre los huevos, o el que rige y gobierna.

Tla-pepechoa-ni: el que atapa o cierra.

Tla-pepecho-qui: atapador tal.

De los ejemplos anteriores se desprende que no es otra cosa lo que se dice de quien ahora aprieta, cubre o cobija a su objeto (*pachoa*) y que a la postre resulta ser una “gallina clueca o el que rige y gobierna”. Y de manera más compleja, del que luego de estar a la espera (*piya*) de alguno, no sólo se convierte en “mesonero” sino en uno que de nueva cuenta “espera a otros”, que es algo similar a lo que acontece al “labrador que está ocupado y entendiendo en algo” y que más tarde continúa siendo “labrador” pero ahora como autor “de alguna obra”.

Pero en lo que respecta a las formas que descienden de verbos intransitivos, dada la ausencia en ellas de algún objeto, es obvio que sólo describan la relación entre una persona o cosa y la acción que cada una realiza de manera reflexiva o espontánea, y es justamente por esto que su definición como sujetos no sólo resulta inmediata sino que a veces se antoja más puntual que la de los que ejecutan acciones transitivas.

En los siguientes ejemplos de verbales intransitivos, tanto del presente en *-ni* como del pasado en *-qui*, tomados igualmente de Molina y otros autores, puede verse que la persona que hoy parte (*yauh*) hacia otros lugares, mañana sólo será alguien “ido, partido o ausente”. Y de aquello que ahora se abre o brota (*cueponi*), más tarde podrá ser un “huevo reventado o una flor abierta”. Pero de las personas o cosas que se llenan o hinchen (*temi*) por sí mismas, resultarán de igual modo “llenas, hinchidas o hartas”. Aunque también se dan casos en los que parece confundirse un tiempo con otro, como el de *pehua-ni* que, siendo



de presente, se tradujo como “comenzador”, en tanto que el de *peuh-qui*, siendo de pasado, quedó como “el que comienza”.

Tlahuana-ni: el que se emborracha.

Tlahuan-qui: borracho o beodo así.

Palani-ni: cosa que se pudre o podrece.

Palan-qui: cosa podrida.

Polihui-ni: cosa perecedera, mortal cosa que muere, perdido sin remedio.

Poliuh-qui: cosa que se perdió.

Miqui-ni: cosa mortal, que muere.

Mic-qui: muerto o *defuncto*.

Cochi-ni: dormilón, el que duerme, durmiente (Aldama).

Coch-qui: dormido.

Cueponi-ni: [lo que se abre o estalla, brota o florece].

Cuepon-qui: huevo reventado, o flor abierta, o cosa resplandeciente.

Temi-ni: persona que se suele hartar, o cosa que se suele henchir, que suele estar llena.

Ten-qui: harto de comida, o cosa llena así como vaso o tinaja (Olmos).

Huetzi-ni: caedizo.

Huetz-qui: caído.

Ya-ni: peregrino de largo tiempo.

Ya-qui: ido, partido para alguna parte o ausente.

Los ejemplos anteriores, aun siendo excepcionales, nos permiten comprobar que tanto Molina como algunos otros autores se preocuparon también por encontrar los términos más adecuados para establecer en sus versiones al español las diferencias temporales que ellos mismos habían señalado para los verbales nahuas en *-ni* y en *-qui*, lo cual lograron hasta cierto punto y de muy distintas maneras.



Pero además de las palabras aisladas, algo semejante puede encontrarse también en algunos de los testimonios que sobre las diversas ocupaciones de los nahuas registró y tradujo Sahagún al español. En cada uno de los ejemplos que siguen se advierte la diversidad de formas laborales que, como las que señalan los verbales del presente en *-ni*, se relacionan de manera complementaria con los trabajos ya consumados por los mismos agentes, tal como se describe en los derivados del pasado en *-qui*. Veamos en primer término lo que se pensó del *carpintero*:

Tlaxinqui, cuauhxinqui, tlatepuzhuiani, cuauhtlazani, tlaxeloani, tlatzayanani, tlatzontequini, tlatequini, tlamatepeoani, tlatlatlilhuiani.

El carpintero es de su oficio hacer lo siguiente: cortar con hacha, hender las vigas y hacer trozos y aserrar, cortar ramos de árboles y hender con cuñas cualquiera madera.⁴³

De manera muy similar a lo que tradujo Sahagún pero con más apego al texto original, puede verse que: el que ha desbastado algo (*tlaxinqui*), el que esto ha hecho con la madera (*cuauhxinqui*), siendo ya un *carpintero*, es el que usa el hacha, el que derriba el árbol, el que lo parte, el que lo raja, el que lo poda, el que lo corta, el que tumba sus ramas, el que hiende con cuñas la madera.

Prosiguiendo de igual manera con los supuestos del que fue considerado un *albañil* o *encalador*:

In tlaquilqui, tlapatlani, tlatoyahuani, tlaxtlahuani, tlacalaniani, tlacacalaniani, tlapetzoani, tlaquilini: tlaquili, tlatoyahua, tlaxtlahua, tlapetzoa, tlachapania

El albañil tiene por oficio hacer mezcla mojándola bien y echar tortas de cal y emplanarla y bruñilla o lucirla bien.⁴⁴

También en este caso se manifiesta el hecho de que un obrero calificado vuelva a laborar como cualquier otro en la serie de procesos en los que él mismo se formó. De tal modo puede verse que aquel que

⁴³ Sahagún, *Manuscrito...*, libro X, cap. 8, f. 16v-17r.

⁴⁴ *Ibidem*, libro X, cap. 8, f. 18r.

ha estucado algo (*tlaquilqui*), ya como *albañil* o *encalador*, es el que diluye la argamasa, el que la vierte, el que la extiende, el que la aplana, el que la golpetea, el que la bruñe y, por tanto, de nueva cuenta es el que ahora cubre algo de estuco y como tal lo vierte, lo extiende, lo bruñe, lo emplasta.

Por lo que toca al llamado *sastre* o *costurero*, con muy pocas palabras se le distingue claramente:

In tlatzonqui, tlatlaliani, tlaimatini: tlatecqui, tlatequini, tlatzomani.

El *sastre* sabe cortar, proporcionar y coser bien la ropa.⁴⁵

Si como dice Sahagún, el *tlatzonqui* “sabe” hacer lo que conviene, es porque ya ha elaborado algún vestido y por eso se presenta luego como *tlatzomani*, y si como *tlatecqui* también “sabe” cortar, lo hace nuevamente como cualquier otro *tlatequini* o *cortador*. Es de este modo que, según el testimonio, quien ha cosido algo, en tanto que *costurero* o *sastre*, es el que arregla la ropa y el que con ingenio hace lo que conviene, pero habiendo ya cortado el material, en tanto que *cortador*, es ahora el que lo corta, es ahora el que lo cose como *costurero* o *sastre*.

Pero continuando con lo que se dijo de las labores del llamado *hortelano* podemos ver que:

In quilchihuhqui, tlatocani, tlapixoani, cuauhtocani, tlaaquiani, tlaa[i]ni, elimiquini, tlamoloniani, tlaco[n]zolteuhtlaliani. In cualli quilchihuhqui, tlamatcachiuhani, tlaihuia[n]chihuani, iiel, tlacliani, tlamocuitlahuiani, tlaemmatini, mozcaliani, amoxmatini, tonalpoani, metztlapoani, xippoani.

El *hortelano* tiene de oficio sembrar semillas y plantar árboles, hacer eras, y cavar y mollir bien la tierra. El buen *hortelano* suele ser discreto, cuidadoso, prudente, de buen juicio, y tener cuenta por el libro con el tiempo, con el mes y con el año.⁴⁶

⁴⁵ *Ibidem*, libro X, cap. 10, f. 22v.

⁴⁶ *Ibidem*, libro X, cap. 12, f. 28v-29r.



Es éste un magnífico ejemplo de los múltiples momentos que pueden estar implícitos en una particular forma de producción y, por ello, es una muestra de los distintos procesos que deben cumplir sus agentes. Es así que según las palabras del testimonio en náhuatl:

El que ha cultivado verduras, siendo ya un *hortelano*, es el que ahora siembra y esparce las semillas, el que planta árboles, el que los trasplanta, el que se ocupa de ellos, el que labra la tierra, el que la deshace, el que le asienta el polvo del viejo cántaro. El buen *hortelano*, el que ya cultivó verduras, es el que ahora lo hace con prudencia y pausadamente; su naturaleza es la de aquel que acepta nuevas ideas, del que se provee de lo necesario, del que sólo entiende de su trabajo, del que toma experiencia, del que entiende de *libros*, del que cuenta en ellos los días, los meses y el año.

Así como el cumplimiento de todas estas actividades fue la condición para nombrar a los ya probados en el cultivo de hortalizas, fue del mismo modo para los llamados labradores de tierras y sementeras, para aquellos que se dedicaban al cultivo y la cosecha del maíz y del frijol, y cuyas labores, aunque muy similares a las del hortelano, fueron tal vez, según el amplio texto que sigue, no sólo más abundantes sino que implicaban un mayor esfuerzo:

In cualli tlalchiuhqui, milchiuhqui, tzomocitic, tzicuictic, iiel, tlaceliani, tlamocuitlahuiani, tlacemmatini, tlacecenmatini, cochizani, moyolitlacoani, moyolcocoani, aicochiz, aitlacualiz, quimati, acochiztli, quimochihualtia/ tlatlatzcotoni in iiollo

El buen labrador es fuerte y diligente y cuidadoso, y madruga mucho por no perder su hacienda, y por augmentalla dexa de comer y de dormir.⁴⁷

En esta primera parte del testimonio indígena se alude sólo a las cualidades personales de quien, ya reconocido como un buen agricultor y milpero, por el hecho de haber cultivado la tierra y labrado la sementera, se dice que es fuerte y hábil, que su naturaleza es la de quien recibe nuevas ideas, del que se provee de lo necesario, del que sólo se aplica a

⁴⁷ *Ibidem*, libro X, cap. 12, f. 27v-28r.

sus labores, del que se entrega totalmente a ellas y que, justamente por esto, es el que por sí mismo se desvela, el que se acongoja y se arrepiente, y que sabe interrumpir su sueño y su alimentación, que por sí mismo procura el insomnio dañando así su corazón.

Pero en lo que se refiere a las actividades que el agricultor o milpero fue desempeñando durante el largo proceso productivo del maíz alternado con el del cultivo del frijol, tal como se describen a continuación, sólo es posible afirmar que fueron tantas como tantos fueron los momentos o etapas que integraron el mismo proceso.

*Tlatequipanoa, tlaay, zacamo, elimiqui, tlaxiuhtlaza, tlateuhchioa, tlapopuxoa, tlaixteca, tlacuenteca, tlacuecuenteca, tlamolonia, tlaxotla, tlaxoxotla, tlacuaxochquetza, tlacuacuaxochquetza, xopanzacamo, tlaxopanchioa, tlahtiana, tlaquemitata, tlatacaxtlalia, toca, tlapotzallalia, atoca, cuauhtoca, tlapixoa, hetlaza, tlatzotzopitza, tlatzotzoputza, tlatacaxtlaloo, tlatlalhuia, tlaxilotlapana, tlacincuecuxtlaza ohuapuztequi, ohuacui, xilotzayana, cacamatzayana, tlaaquetzaltia, tlatotzana, miyahuaui, elocui, tlatinpoztequi, pixca, tlaxipehua, tlazhuayotlaza, ochoa, tlaochoa, tlaochollalia, mocincozcatia, tlazaca, tlauezcomatema, tlapixoa, tlachayahua, tlaxioania tlatequi, tlapuztequi, tlatotona, tlauitequi, tlaquequeza, tlaacana, tlahecaquetza, tlahecamotla.*⁴⁸

Muy a pesar de la ausencia total de nombres verbales en *-ni* o *-qui* de esta parte final del manuscrito, es posible inferir las denominaciones nahuas del presente en *-ni* que podrían haberse aplicado a quien o quienes desempeñaban las labores que a cada uno de los momentos de la producción correspondían, tal como en ocasiones anteriores vimos que Sahagún lo hizo.

Y en efecto, dado que el nombre del sujeto deriva de sus propias actividades y que éstas aparecen descritas verbalmente en el texto, para saber de ellas y determinar a su agente veamos la siguiente versión al español en la que Sahagún nos muestra no sólo el dominio que por entonces había adquirido del lenguaje de los nahuas, sino el conocimiento que llegó a tener sobre las múltiples y diferentes faenas de la práctica agrícola que debía cumplir el buen *tlalchiuhqui* o *milchiuhqui*:

⁴⁸ *Ibidem*, libro X, cap. 12, f. 28r-v.



Trabaja mucho en su oficio, conviene a saber: en romper la tierra, cavar, desherbar, cavar en tiempo de seca, binar, allanar lo cavado, hacer camellones, mollir bien la tierra y ararla en su tiempo, hacer linderas y vallados, y romper también la tierra en tiempo de aguas; saber escoger la buena tierra para labrarla; hacer hoyos para echar la semilla, y regalla en tiempo de seca; sembrar derramando la semilla; agujerar la tierra para sembrar los frisoles; cegar los hoyos donde está el maíz sembrado; acohombrar o llegar la tierra a lo nacido; quitar el ballico; entresacar las cañas, quebrándolas, y entresacar las mazorquillas, e quitar los hijos de las mazorcas; quitar los tallos porque crezca bien lo nacido; entresacar a su tiempo las mazorcas verdes; e al tiempo de la cosecha quebrar las cañas, cogiéndolas; e coger el maíz cuando está ya bien sazonado; desollar o desnudar las mazorcas e atar las mazorcas una con otra añudando las camisillas una con otra; y hacer sartales de mazorcas, atando unas con otras; y acarrear a casa lo cogido, y ensilarlo; quebrar las cañas que tienen nada, aporreándolas; trillar, alimpiar, aventar, levantar al viento lo trillado.⁴⁹

Resulta claro que si el agricultor o milpero “trabaja mucho en su oficio” es porque en tanto que *tlatequipanoani* y *tlaini* pone siempre su trabajo en la tierra y de ella se ocupa y entiende. Es así que desde el principio se presenta como un *zacamoani* que rompe la tierra, un *elimiquini* que la cava, un *tlaxiuhlazani* que la deshieba, un *tlaixtecani* que la allana, un *tlacuentecani* que forma los surcos, un *tlaxotlani* que la raya y divide o un *tlacuaxochquetzani* que fija los linderos. Acto seguido, lo vemos también como un *tlacuemitacani* que excava los surcos y un *tlapixoani* que esparce las semillas del maíz, y más tarde las del frijol. Y ya hacia el final del proceso, nuevamente lo vemos no sólo como cualquier *pixcani* que cosecha y como el *tlazacani* que acarrea las mazorcas y las limpia y echa al cuezcomate, sino como el *tlahuitequini* que las desgrana y el *tlaehecaquetzani* que levanta al viento lo trillado.

Puede afirmarse, entonces, que quienes laboraban de distinto modo en cada uno de los momentos del proceso agrícola de los nahuas eran todos labradores. Pero dada la naturaleza comunitaria de tal proceso y que en el mismo participaban niños, jóvenes y adultos, unos más y otros menos podían comprobar la índole creadora o reiterativa de la forma

⁴⁹ *Ibidem*, libro X, cap. 12, f. 28r-v, o en *Historia general...*, p. 882.



particular de sus trabajos y consecuentemente, tomar conciencia del carácter productivo de su vida misma. Y es por esto que se distinguen unos de otros, aunque tiendan a igualarse al verse impelidos, como labradores, a recrear el proceso anterior, pero ahora cada uno con mayor empeño y capacidad, “en tanto que convierten en habilidad, por la necesidad de la repetición, la disposición desarrollada en el primer acto de la producción”.⁵⁰

Se entiende, por tanto, que luego de trabajar alguno como lo hace el *tlalchihuani*, pueda convertirse en un *tlalchiuhqui*, pero que siendo reconocido con tal nombre, al ingresar a un nuevo proceso lo haga como cualquier otro *tlalchihuani*, salvo que su desempeño será mejor dada su experiencia adquirida en cada una las faenas del proceso anterior, es decir, rompiendo la tierra como un *zacamoani*, esparciendo las semillas como un *tlapixoani*, acarreado las mazorcas como un *tlazacani* o, por su experiencia, dirigiendo a otros en estas labores.

Y por supuesto, se entiende que en otros procesos de muy diversa índole pueda aparecer también una sucesión de nombres similar a la anterior. Ya hemos visto que antes de ser considerado como sastre, el *tlatzonqui* era un *tlatzomani* que costuraba y un *tlatequini* que, por saber cortar las telas, se convirtió en *tlatecqui* o cortador. Y de igual forma, puede decirse que el *tlatepuzhuiani* que utiliza el hacha y el *tlatlatlilhuiani* que usa las cuñas como medio para hender la madera, son el antecedente del *cuauhxinqui* ya reconocido como carpintero.

Cabe señalar que en aquellos procesos cuyas acciones son intransitivas, también se presentan las mismas relaciones complementarias de los anteriores, en sentido directo o inverso. Es así que todo mundo podrá aceptar que cuando de algo se dice *palanini* por estar pudriéndose, concluida esa acción se tendrá un *palanqui*, algo ya putrefacto. Y si existe algo conocido con el derivado *cueponqui*, se trate de un huevo reventado o de una flor abierta, es tal porque previamente uno y otra estuvieron en proceso de reventarse y abrirse como *cueponini*.

Finalmente, también es obvio que si alguno se emborracha como un *tlahuanani* puede acabar como un *tlahuanqui*, como un borracho o beodo consumado, y que si otro ya es tomado como *yaqui* por haberse ido y

⁵⁰ Véase en Marx, *Contribución...*, p. 285 y 293.



estar ausente, él mismo tuvo que emprender el viaje y alejarse como un *yani*. También sucede otro tanto con el *cochini* que duerme hasta alcanzar su objetivo de quedar profundamente dormido como un *cochqui*, y ni qué decir de quien se afirma que está muerto como un *defuncto*, como un *micqui*, porque en la etapa anterior se le vio como un *miquini* en el proceso de morir, como cualquier otro mortal.